

72° ANIVERSARIO DE LAS NACIONES UNIDAS

Quito, octubre 23 / 2017



Querido amigo Arnaud Peral, estimados señores de Naciones Unidas; amigas, amigos todos, estimados señores de la prensa:

Agradezco a las Naciones Unidas por este reconocimiento, que lo recibo a nombre de la gente que me tocó representar en su debido momento, y ahora en nombre de todo el pueblo ecuatoriano.

Siempre he pensado que cuando nuestras acciones responden a los deseos y necesidades de una colectividad (sea ésta local o mundial), los seres humanos no merecemos reconocimiento alguno. Porque estamos cumpliendo con nuestra tarea de representarlos, y de elevar su voz.

Por ello recibo este reconocimiento con la humildad, la gratitud y la sencillez que he aprendido de mis hermanos con discapacidad, y de mis compatriotas con necesidad. ¡Muchas gracias!

Al mismo tiempo, quisiera aprovechar este generoso acto para, a través del coordinador residente en el Ecuador, Arnaud Peral, felicitar a las Naciones Unidas por su aniversario septuagésimo segundo.

Hace siete décadas, el mundo veía nacer la Carta de las Naciones Unidas, con una mezcla de entusiasmo y escepticismo, porque las metas planteadas parecían realmente inalcanzables.

Muchos calificaron como una utopía que 193 países lograran unirse, para preservar a las generaciones futuras de la guerra. Y que el planeta entero trabajara para defender los derechos fundamentales de los seres humanos.

Parecía muy lejana la posibilidad de que todos los estados, cooperaran por el respeto a los tratados y al derecho internacional.

Por entonces, igual que ahora, era urgente que los pueblos promovieran el mejoramiento de su nivel de vida, con un concepto más amplio de libertad.

Aquel deseo era tan urgente, que empezó una lucha diaria para convertirlo en una feliz realidad.

A partir del 24 de octubre de 1948 celebramos esta fecha, que es un día festivo, pero también por supuesto es un día de mucha reflexión.

Día a día, el trabajo de la ONU se orienta a rencauzar la humanidad y el mundo. Y así lo veremos en la muestra fotográfica “Convergencias: tiempo para la acción global”, que podremos visitar en pocos minutos.

En la actualidad, sólo por mencionar apenas algunos temas, la ONU proporciona alimentos y asistencia a 80 millones de personas en 80 países. Suministra vacunas para el 45% de los niños del mundo, y así ayuda a salvar 3 millones de vidas al año.

Además, asiste y protege a por lo menos 65 millones de personas que huyen de la guerra, del hambre y de la persecución.

Pero, a pesar de todos los esfuerzos que se han hecho, el mundo aún afronta grandes desafíos.

El aumento de conflictos y de la desigualdad, la intolerancia, las amenazas a la seguridad y el cambio climático, entre otros, son problemas que trascienden fronteras.

Aún es muy difícil convertir el planeta Tierra, nuestra casa común, en un hogar para todos. Irónico, porque inclusive nos decimos los reyes de la Creación.

Bueno, ¡tamaños reyes hemos sido! Definitivamente hay que cambiar el concepto de evolución: el que tenemos es un concepto de evolución consumista, depredador, egoísta. Hay que transformarlo en un concepto de evolución responsable, cuidadoso del medio ambiente, pero sobre todo solidario.

Desde el grupo G77+China promovemos la implementación de la Agenda 2030, el aumento de recursos para el desarrollo, el combate contra el cambio climático, y la protección del ambiente y de los océanos.

Decía en Naciones Unidas, después del mensaje tan cálido del querido amigo secretario general António Guterres, que nosotros compartimos con el medio ambiente los mismos elementos.

Compartimos los elementos químicos con el medio ambiente. Y más aún con los seres humanos. Es más, estamos intercambiando permanentemente esas moléculas, esos átomos.

El momento en que estoy acá, ya soy dueño de más de un millón de átomos que fue de cada uno de ustedes, que circuló por el

cuerpo de cada uno de ustedes, y ahora está circulando por mi cuerpo:

Van por mis fosas nasales a mis pulmones, de ahí por una arteria al corazón, y en el corazón, esos elementos que fueron antes de ustedes, se transforman en sangre de mi sangre que va hasta los últimos resquicios míos.

Es una equivocación pensar que somos diferentes: somos exactamente lo mismo.

Asimismo, hace poco el Ecuador ratificó el Acuerdo de París. Y en la Asamblea 72 de la ONU, un mes atrás, resaltamos nuestros avances en materia de inclusión plena y accesibilidad.

Lamento decir que en este tema, el mundo aún tiene deudas pendientes con mil millones de personas con discapacidad.

Este reconocimiento tiene bastante que ver con un trabajo que hizo el pueblo ecuatoriano. No el presidente, no las instituciones únicamente (públicas, privadas, nacionales e internacionales). No solo los padres y madres de niños sin o con discapacidad.

Aquellos niños, jóvenes y adultos que decidieron visibilizarse, salir de los cuartos especiales en los cuales apenas se abría la ventana, apenas se abría la puerta; salir de esos espacios ocultos para decir aquí estamos.

Y desfilar con nosotros. ¡Cuántos de ustedes desfilaron junto a nosotros, para que ellos puedan proclamar al mundo entero: aquí estamos, desfilando, visibilizándonos y diciéndoles que ¡tenemos derecho a la libertad, que tenemos derecho al trabajo, que tenemos derecho a la felicidad!

Cuando dialogábamos sobre la Agenda de Desarrollo Sostenible, yo desempeñaba las labores de enviado especial del secretario general de la ONU sobre Discapacidad y Accesibilidad. Era el portavoz de mil millones de personas con discapacidad.

¡Qué trabajo lindo hicimos! Visitábamos países, visitábamos a los representantes de esos países, para convencerles de que firmen la Convención de Naciones Unidas de los Derechos de las Personas con Discapacidad.

No comprendíamos por qué había resistencia de hacer aquello, inclusive de algunos países que cumplen mejor que otros el Convenio, se resistían a firmarlo.

No sé por qué hay cierta resistencia de algunos países a Naciones Unidas, la casa común de los derechos humanos de todos. Así debemos entenderlo y así debemos hacerlo una práctica feliz.

En este trabajo tuvimos la oportunidad de hacer que firmen muchísimos países. Como nunca antes y en tan corto tiempo, se

logró que muchos países firmen la Convención de los Derechos de las Personas con Discapacidad.

Claro, alguien dirá, que firmen no quiere decir absolutamente nada. Sí, es verdad, pero eso sirve prácticamente como una obligación para que lo conviertan en leyes. Y esas leyes las transformen en acciones públicas en beneficio de las personas con discapacidad.

Además, trabajamos como nunca: ¡qué lindo trabajo hicimos!, a pesar de los pocos que éramos, para que las empresas se empiecen a preocupar un poco más de producir artefactos, de producir accesibilidad mediante la ciencia, para las personas con discapacidad.

Yo lo decía: ya dejen de producir juguetes caros para niños ricos; por favor, presten un poco de atención a las necesidades urgentes de las personas pobres, de las personas necesitadas y, en forma particular, de las personas con discapacidad.

Y respondieron bien. De repente, empezaron a producirse carros especiales, no esos carros inmensos y caros que no sirven realmente para nada, sino carros pequeños a los cuales las personas con discapacidad entren, inclusive con su silla, sin necesidad de un ascensor.

Se produjeron en Turquía y en Hungría unos hermosos carros, que ojalá podamos producirlos acá, porque todavía son un poco caros.

De repente, empezaron a salir muchos reportajes acerca del trabajo que las empresas y sus departamentos de responsabilidad social, hacían en beneficio de la accesibilidad de las personas con discapacidad.

Un derecho que se les ha negado en el desarrollo que ha tenido la humanidad. Ya es hora de que vuelva a reconocérselo.

Fue una construcción ambiciosa, la de la Agenda 2030. Debimos ponernos de acuerdo en ¡17 objetivos prioritarios de desarrollo sostenible, con 169 metas que se plantearon!

Ese fue un hermoso entrenamiento en qué es y cómo se lleva a cabo un verdadero diálogo.

Debo confesar que, para los que trabajamos la Agenda de Discapacidad, las 11 menciones a nuestro tema nos quedaron cortas, queríamos que se transversalicen para todos.

Pero a eso nos atenemos cuando hay un diálogo franco, abierto, constructivo, en el que se ceden posiciones.

Cuando uno acude a un diálogo, no puede ir con posiciones extremas, no puede ir al todo o nada. La persona debe estar dispuesta a ceder.

Y cuando sale del diálogo puede tener esa sensación, a veces un tanto incómoda, de que cedió algo que a lo mejor no debía. Pero en realidad no fue así. Siempre debemos considerar que en el diálogo han resultado ganadores todos quienes han participado.

Hoy, independientemente de que no se aceptaran todas nuestras propuestas, arrimamos el hombro para que esos objetivos se cumplan.

En el 2015, la premisa de los 192 países que se comprometieron con la Agenda 2030 fue “no dejar a nadie atrás”. Y que cada país contribuyera según el tamaño y la capacidad de su economía.

En Ecuador, nuestra consigna de gobierno es el plan “Toda una Vida”. Vamos a erradicar la pobreza, no sé si lo logremos, pero hay que trabajar mucho en eso.

Un elemento fundamental que olvidan los gobiernos que únicamente tienen como objetivo brillar para el futuro: que los recuerden.

Que los recuerden para qué, si la felicidad del ser humano es que lo olviden. La felicidad del ser humano es construir una vida y

que luego lo olviden, porque la mejor forma de volver a empezar es que lo olviden.

Nosotros pensamos en atender principalmente la erradicación de la desnutrición infantil. Y eso no se puede lograr con agua potable de mala calidad, que lo único que hace es llenar de bichos los estómagos de nuestros niños.

Queremos iniciar un programa de agua potable, saneamiento para todos, absolutamente para todos.

Como usted lo ha dicho, Arnaud: que nadie se quede atrás. Ese es el objetivo. Y claro, el programa “Toda una Vida” va más allá. Tiene como objetivo cuidar primero a nuestros niños desde el mismo momento de la concepción, a sus madres...

Estimulación temprana, vacunas, nutrición; inculcar valores para que desde niños aprendan a respetar, amar y promocionar los valores.

Y luego a impulsarlos cuando son jóvenes, para que realicen sus sueños.

Y ya adultos, acompañarlos con todas las medidas de trabajo, de empleo, seguridad social, seguridad física, vivienda para todos, etcétera, etcétera.

Y por último, cuando Dios decida llamarnos, cuando Dios decida cerrarnos los ojos, saber que hemos sido gratos con nuestros viejecitos.

No puede ser posible que una persona llegue a la tercera edad, después de algo haber hecho, algo haber construido, algo haber aportado en la forja, en la promoción de valores, y que los tengamos abandonados. Por eso tenemos un programa que se llama “Mis mejores años”.

Y por último, como decía, cuando Dios decide cerrarnos los ojos, tener un sepelio digno. No puede ser posible que llevemos deudas hasta después de la muerte.

Ese es el programa “Toda una Vida”.

Nuestro plan de Desarrollo está pensado para no dejar a nadie fuera, para acompañar a los ciudadanos, en especial a los más necesitados, desde su concepción hasta el último de sus días.

Acompañarlos con derechos, con servicios básicos, con justicia y dignidad. Y también con paz.

Qué importante es la paz. Qué importante es el trabajo que Naciones Unidas hace por la paz. Ojalá los países tuviéramos un poco más de apego a respetar las decisiones de Naciones Unidas con respecto a la paz.

Lograr la paz no debe ser difícil. A todo el mundo le gusta vivir en paz, ¿por qué resulta tan complicado lograrlo? Y para lograrlo, por supuesto, debe haber justicia, fundamentalmente justicia social.

Debemos respeto a la soberanía, respeto a la autodeterminación de los pueblos. Y son precisamente los principios que inculca, que propala Naciones Unidas.

Jesucristo nos dejó una enseñanza preciosa, independientemente de cuál sea la iglesia que ustedes frecuenten. Yo soy católico cristiano, no voy muy frecuentemente a la iglesia, pero cuando voy me encanta el rito que culmina todo el espacio, que es la eucaristía. Es crucial para mí, siempre, el momento en que uno se da la paz.

“La paz os dejo, la paz os doy”. Parece que Cristo sabía perfectamente de qué pata íbamos a cojear.

Nuestro plan “Toda una Vida” incluye ocho programas que ustedes los conocen y los he mencionado.

Recibir este reconocimiento en este espléndido convento de San Francisco de Quito, no hace sino ratificar mis compromisos vitales. Porque mi vida ha estado y deberá estar siempre motivada por atender al más necesitado. (Esto no lo escribí yo,

me 'dieron escribiendo', por eso perdónenme la falta de modestia).

Por ello, insisto: recibo este reconocimiento, en nombre de esos mil millones de hermanos que me inspiraron y dieron aliento, para participar en la construcción de esta agenda.

Hoy me debo también al pueblo, ahora ya me debo a toda la Patria.

Este reconocimiento me obliga, además, a ratificar mi compromiso y mi voluntad política, ética y moral, de seguir luchando por un planeta cada vez más solidario.

Queridos amigos que nos acompañan:

Hay algo que debe quedar muy claro: esta Agenda Global y los objetivos que nos comprometen, requieren una amplia participación de todos los actores.

Si queremos cumplir con esos propósitos, debemos trabajar de manera conjunta: gobierno, sector privado y sociedad civil. Es el único camino para generar cambios de raíz, para reponer cimientos que den firmeza al nuevo Ecuador que queremos construir.

Por otro lado, quisiera aprovechar esta oportunidad para agradecer a la ONU en el Ecuador, por brindarnos siempre buena asistencia para la erradicación de toda forma de discriminación y violencia, por promover el desarrollo sostenible y la protección de nuestro querido medio ambiente.

Gracias por apoyar nuestras políticas, orientadas a alcanzar el bien común.

Ustedes lo saben: en la ONU me siento en casa y en familia, y me he comprometido a estrechar aún más nuestros lazos, a luchar incansablemente para que Ecuador y el planeta sean un mejor lugar para vivir.

Un habitante de los Estados Unidos –un jefe apache– decía que tan imbricados estamos al planeta en el cual vivimos, que prácticamente los ríos son la sangre que corre por nuestras venas, los animalitos son nuestros hermanos, el planeta es nuestra choza. Y el momento en que todo se acabe, moriremos junto con ellos de una terrible soledad.

La paz, el profundo respeto a la diversidad y el diálogo permanente, han sido los ejes de esta vida personal, profesional y política.

Con esos principios seguiremos trabajando toda una vida, toda una vida para los que más necesitan, estén donde estén.

Gracias por este reconocimiento, muchísimas gracias a todos ustedes.

LENÍN MORENO GARCÉS

Presidente Constitucional de la República del Ecuador